

WILHELM VON HUMBOLDT
EN TORNO AL ORIGEN Y LA EVOLUCIÓN DE SU IDEA
DE UNIVERSIDAD, CON ESPECIAL HINCAPIÉ
EN LOS ESTUDIOS EMPRESARIALES



Antoni Serra Ramoneda

WILHELM VON HUMBOLDT

En torno al origen y la evolución de su idea de universidad,
con especial hincapié en los estudios empresariales ■

Document d'Economia Industrial, 42
Mayo de 2020

@2020 Centre d'Economia Industrial
UAB - Edifici A - Rectorat
08193 Bellaterra
T. 935 813 020
fundacio.empresa.ciencia@uab.cat

Autor

Antoni Serra Ramonedá, UAB

Dirección editorial

Centre d'Economia Industrial
<http://cei.uab.es>

Maquetación e impresión

Servei de Publicacions
Universitat Autònoma de Barcelona

DL B-8.512-2020
ISBN 978-84-490-8737-0

Mucho se habla sobre muerte en las universidades alemanas. El muerto siempre es la misma persona: Wilhelm von Humboldt y «su Universidad». Físicamente, el docto personaje lleva mucho tiempo en el sepulcro, concretamente desde el 8 de abril de 1835. Lo usual es que la comunidad que lo recuerda se reduzca a medida que transcurre el tiempo. Esta regla solo se incumple en el caso de fundadores de religiones [...] y en el de Humboldt. Cuanto más tiempo lleva enterrado el auténtico Humboldt, mayor y más numerosa es la multitud que lo recuerda.

Martin Spiewak
Die Zeit, 2009

AL PROFESOR VICENTE SALAS, MAESTRO Y AMIGO

Qué poco podía imaginar en el año 1991 que mi profesor de Economía Industrial, una de las asignaturas de mi último curso de carrera, y posteriormente mi director de tesis, el Dr. Vicente Salas, sería nombrado doctor *honoris causa* por mi universidad, la Universitat Autònoma de Barcelona, a los pocos meses de ser yo elegido director del Departamento de Empresa, departamento que tuvo la suerte de integrar al profesor Salas en el año 1990.

Muy afortunado y muy honrado me siento de que el azar me haya dado la oportunidad de agradecer al profesor Vicente Salas, en nombre del Departamento de Empresa, su continua disposición a colaborar en nuestras tareas. Colaboración que alcanzó su cénit cuando aceptó formar parte durante unos años, que desde luego nos supieron a poco, de nuestro elenco de profesores.

Como he comentado, tuve la gran suerte de que aceptara dirigir mi tesis doctoral. Lo mismo les pasó a algunos otros de mis actuales colegas de departamento. Todos quienes tuvimos directamente dicho privilegio, y otros compañeros que también recibieron sus consejos, reconocemos que su magisterio fue decisivo para nuestro recorrido universitario. Ya me gustaría aportar a mis clases el mismo valor que aportaba el profesor Salas a las suyas, y que la guía a mis doctorados se pareciera, aunque fuera un poquito, a la guía que yo recibí.

He de decir que su influencia también se puede apreciar, en algunos casos, en el «orden» del despacho. Es impresionante la cantidad de artículos, documentos y papeles reinantes en algún despacho de los discípulos que el profesor Salas tuvo en la UAB. Todo se pega. Aunque debo decir que era espectacular la capacidad del profesor Salas de encontrar a la primera el artículo que quería que leyeras de una montaña de artículos que, Dios sabe cómo, nunca caía.

Desde que le conocimos, nunca dejó de atender a nuestras preocupaciones, dispuesto a aconsejarnos cuando nos encontrábamos en alguna encrucijada en nuestros trabajos y escritos. De ahí que el Departamento de Empresa considere que la decisión de nombrarle doctor *honoris causa* de la UAB es un justo reconocimiento a lo mucho que nos ha aportado. Su capacidad de trabajo, su ejemplo como docente e investigador y su humildad y modestia como persona me hacen afirmar que este *honoris causa* no podía quedar en mejores manos.

Josep Rialp Criado
Director del Departamento de Empresa
Universidad Autònoma de Barcelona

AGRADECIMIENTO, AL PROFESOR VICENTE SALAS, COLEGA Y AMIGO

De haber coincidido con él, con toda seguridad Wilhelm von Humboldt hubiera reconocido en el profesor Vicente Salas el prototipo de ciudadano que su modelo de universidad pretendía formar. Un ciudadano intelectualmente sólido, culto, imaginativo, con capacidades analíticas y sintéticas, interesado en los asuntos públicos y dispuesto a servir a la colectividad. De hilar muy fino, quizá le hubiera encontrado un pequeño motivo de reproche: su mucha modestia. Es esta una virtud privada que honra a quien la practica, pero que puede llegar a tener efectos públicos negativos. Virtud privada, vicio público podría decirse invirtiendo el famoso dicho de Mandeville en *La fábula de las abejas*. Cuando proliferan quienes se ponen poco justificadas medallas y utilizan en demasía los codos para acceder a puestos de relevancia, la modestia puede obstaculizar que los más capacitados lleguen a ocuparlos, tal como sería socialmente deseable.

Inmensa ilusión me produjo la decisión de la UAB de nombrar a tan sobresaliente académico doctor *honoris causa*. Mi universidad, aquella en cuya fundación yo había participado, le reconocía unos méritos más que sobrados. Quienes le propusimos que se integrara en nuestro departamento en 1990 ya habíamos detectado, en aquel por entonces joven profesor, sus virtudes académicas e investigadoras, a la vez que su capacidad de trabajar en equipo sin afanes de un protagonismo que, en contra de su voluntad, acababa imponiéndose. Ha dejado una huella indeleble, como lo refleja la distinción que ahora se le concede.

Pero los méritos para esta distinción no son exclusivamente domésticos. Van mucho más allá. Como economista, el profesor Salas ha mostrado, en sus numerosas publicaciones, su dominio de todas las herramientas propias de la profesión, especialmente las estadísticas y econométricas, y tener una versatilidad que hace difícil encasillarlo en alguna de las categorías en que aquella suele dividirse. Es más, ha ayudado a borrar fronteras que parecían infranqueables y que, en determinados momentos, amenazaron con dividir por lo menos en dos a las jóvenes facultades de Economía hispanas. Su polivalencia es tan extraordinaria que podría integrarse, con todos los honores, en cualquiera de los tres departamentos que forman el núcleo de la Facultad de Economía y Empresa de la UAB.

Su honradez intelectual y personal, su compromiso con la sociedad, su más que probada disposición a colaborar en todas las tareas colectivas, su sencillez y bondad y, a pesar de todo, también su modestia hacen que el profesor Vicente Salas se merezca el agradecimiento y la admiración de todos quienes pugnan por conseguir una sociedad más culta, más justa, solidaria y honesta a través de una universidad facilitadora del alcance de estos objetivos.

En correspondencia a su amistad y a su generosidad, se me ocurrió indagar en algunos de los temas que a ambos nos interesan. Agradezco al Departamento de Empresa, personalizado en su director, que haya considerado interesante hacer público el mosaico que es el resultado de mi quehacer.

Antoni Serra Ramoneda
Profesor jubilado de la UAB



I. La trayectoria vital de Wilhelm von Humboldt	15
II. La reforma pedagógica de Wilhelm von Humboldt	25
III. <i>Bildung</i> , la clave del idealismo alemán	31
IV. La universidad alemana en el siglo XVIII	37
V. El parto de la Universidad de Berlín	43
VI. La universidad humboldtiana: ¿mito o realidad?	53
VII. ¿ <i>Prima inter pares</i> ?	61
VIII. ¿Humboldt en EE. UU.?	69
IX. La resistencia alemana al Plan Bolonia	75
X. El despliegue del Plan Bolonia en Alemania	83
XI. La consolidación de la <i>Betriebswirtschaftslehre</i>	87
XII. La fiebre de la <i>Betriebswirtschaftslehre</i>	97
XIII. La singularidad del caso español	103
XIV. Bolonia y los grados de estudios empresariales	109
XV. Escuelas de negocios y MBA	119
XVI. Humboldt en el siglo XXI	125
Bibliografía	131



I. LA TRAYECTORIA VITAL DE WILHELM VON HUMBOLDT





Como el *de* que acompaña a algunos apellidos españoles, en alemán la preposición *von* proporciona un deje aristocrático a quien en su filiación lo ostenta. En el caso de los hermanos Wilhelm y Alexander von Humboldt, dos figuras preclaras de la cultura germana, este *von* estaba aún muy tierno, pues fue conseguido en 1738, es decir unos treinta años antes del nacimiento de su nieto Wilhelm, por su abuelo paterno, capitán en el ejército prusiano, como compensación por los daños físicos sufridos en unas imprecisas hazañas bélicas. Se conserva la carta, de fecha 16 de mayo de 1738, en la que el susodicho personaje se dirige al rey de Prusia en solicitud de este ennoblecimiento y proponiendo el correspondiente escudo de armas. Hay, en cambio, discrepancias en lo relativo al tronco de su árbol genealógico. Si hacemos caso a Leroux (1932), la familia tenía sus raíces en los lindes entre las regiones de Brandeburgo y Pomerania y era de origen campesino, según demuestra una inscripción del siglo xv que califica a un Humboldt como *Kossat*¹ de una propiedad de modesta extensión en Grünow, en el Uckermark. Más tarde, ya mediado el siglo xvii, un tal Johann Humboldt fue nombrado burgomaestre de Königsberg in der Neumark. Posteriormente, por ignotas razones, la familia se trasladó al nordeste prusiano. Es allí donde Clemens Humboldt, hijo de Johann, y Conrad, a su vez hijo de Clemens, ejercieron sendas funciones de corregidor, el primero en Neuhoﬀ y el segundo en Draheim. Muy distinta es la versión de Nolte (2017), que mantiene que el abuelo de nuestro personaje se llamaba, por su nacimiento, Johann Paul Humpolt y pertenecía a una familia de agricultores radicada en Pomerania. Nombrado capitán y ante la posibilidad que se le abría de ascender de clase social, embelleció su apellido con el cambio de algunas consonantes.

Sea como fuere, la cuestión es que durante dos generaciones los Humboldt, o Humpolt, sirvieron como oficiales del ejército, pero fue al capitán Hans Paul Humboldt a quien se le confirió el título nobiliario que conlleva la preposición *von*. Poco pudo disfrutar de esta distinción. Fallecido dos años más tarde, la heredó su hijo Alexander Georg von Humboldt, futuro padre de los renombrados hermanos, quien no solo participó como oficial en las tres guerras silésicas, sino que también contrajo primeras nupcias con Maria Elisabeth Colomb, viuda de Von Holwede. Además de un hijo de su primer matrimonio, la desposada aportaba una fortuna apreciable, suma de dos herencias: por un lado, la de su condición de viuda de una persona acaudalada, propietaria, entre otros bienes inmuebles, de una finca en Ringenwalde, y por el otro, la de miembro de una adinerada familia de origen francés, exiliada de su patria por su condición de hugonote tras la promulgación, en 1685, por Luis XIV, del despiadado Edicto de Fontainebleau, que derogaba el de Nantes de 1598. Dentro del patrimonio aportado por ella merece ser destacado el conspicuo inmueble, de amplias proporciones, sito en el número 22 de la *Jägerstrasse*, junto a la céntrica *Gendarmenmarktplatz* berlinesa, que Nolte (2017) asegura que era conocido como Palacio Colomb,² donde solía pasar los inviernos la nueva familia. Al legado hay que añadir el castillo, rodeado de prados y bosques, que destacaba en Tegel, por entonces un pueblo a unas tres horas de viaje en carruaje desde la capital,³ que heredaron los descen-

1 Se llamaba Kossaten a los pequeños terratenientes medievales de los pueblos de la región de Mecklenburgo. Inicialmente formaban parte de la población eslava, aunque posteriormente fueron muchos los alemanes que adquirieron esta condición.

2 En la actualidad, es la sede de la Academia de Ciencias de Berlín-Brandeburgo (Berlin-Brandenburgischer Akademie der Wissenschaften).

3 Hoy en día Tegel es un barrio de Berlín en el que además se sitúa uno de sus dos aeropuertos. El Palacio es hoy un museo dedicado a Wilhelm von Humboldt que solo admite visitas del público en los meses veraniegos.





dientes fruto de su segundo desposorio. Allí solían pasar los estíos los Humboldt. Fue, pues, por vía matrimonial cómo el capitán Hans Paul Humboldt consiguió los señoríos de Tegel y de Ringenwalde.

Nueve meses después de las nupcias, en 1767, veía la luz el primer hijo, al que llamaron Wilhelm,⁴ y dos años después lo hacía el segundo, bautizado como Alexander. La genética tiene sorpresas. Los dos hermanos siempre fueron muy diferentes, físicamente pero sobre todo mentalmente. El mayor, retraído e introvertido; el benjamín, alegre y desinhibido. Lo reconoció años más tarde, en 1790, el primogénito al escribir: «Desde nuestra niñez hemos sido como dos polos contrapuestos, aunque siempre nos hemos querido y entre nosotros ha habido mucha confianza. Él, desde el principio, se volcó hacia el exterior, mientras que yo desde el principio elegí la vida interior» (Geier, 2009).

Su padre, el citado Alexander Georg falleció en 1799 a causa de las secuelas de una aparatosa caída del caballo que montaba cuando su primogénito apenas contaba once años. Fue un duro golpe para sus hijos, pues a diferencia de la madre, distante y poco cariñosa, su padre gozaba de un carácter extrovertido y se mostraba muy próximo a ellos. De nuevo viuda, Maria Elisabeth ya no tornó a contraer matrimonio ni tuvo más descendencia.

Como solía ser costumbre entre las familias prusianas pertenecientes a la nobleza rural,⁵ los dos vástagos Humboldt no asistieron a la escuela, ni pública ni privada. De su educación se encargaron sendos preceptores que, además, residían con la familia. El primero fue Joachim Heinrich Campe, que más tarde se hizo famoso por haber traducido al alemán la conocida novela *Robinson Crusoe* y haber escrito numerosos cuentos infantiles muy celebrados. Aunque inicialmente había sido contratado para educar al hermano uterino de Wilhelm y Alexander, acabó de preceptor de los tres hijos de la viuda, a quienes enseñó las primeras letras y unos rudimentos de geografía e historia. Nolte (2017) insinúa que contagió a su pupilo Wilhelm su gran interés por la filología y su amor por la lengua germana.⁶ Tras algún tiempo, Campe decidió incorporarse al *Philantropium*, la escuela experimental puntera de la *Aufklärung* (Ilustración) fundada por Baselow (Bruford, W. H. 1975, p. 3). Consecuentemente, fue sustituido por Gottlob Johann Christian Kunth cuando Wilhelm cumplió los diez años. El nuevo preceptor era culto y eficiente pero a la vez muy severo, lo que agravó el trauma que a ambos hermanos les produjo la muerte de su progenitor. En una de sus muchas cartas, Wilhelm afirma textualmente: «Tuve una primera juventud muy triste» (Nolte, 2017, p. 16). Pero Kunth les contagió su amor por las lenguas clásicas y, con la ayuda de otros profesores, les adentró en las matemáticas y en algunas ciencias experimentales. Entre estos profesores figuraba J. J. Engel, del que Haym (1856) hace grandes elogios y cuya impronta marcó fuertemente al joven Wilhelm. Así pues, ambos hermanos pronto fueron capaces de escribir en latín, sin cometer falta alguna, y de leer sin esfuerzo el griego clásico. Alcanzada la pubertad, gozaban de una

⁴ En realidad, fue bautizado como Friedrich Wilhelm Christian Karl Ferdinand, pero siempre se le apeló Wilhelm.

⁵ Los miembros de la nobleza terrateniente prusiana eran calificados de Junkers.

⁶ Según Nolte (2017, p. 13), Campe luchó por eliminar de la lengua alemana los numerosos galicismos implantados por la costumbre de las clases cultas de utilizar habitualmente el francés. Uno de los ejemplos que cita es la propuesta del término *Schweisslöcher* (literalmente agujeros de sudor), acuñado por él, en sustitución del de Poren, un claro galicismo, hasta entonces empleado por los germanoparlantes.





cultura amplia y poco frecuente incluso entre las clases acomodadas prusianas. Para que refinaran sus modales y aprendieran a moverse entre la gente de su clase, los dos hermanos, junto con la familia de Kunth, se quedaron a vivir en la mansión Colomb, en el ombligo de Berlín, mientras la madre permanecía sola en su posesión de Tegel. Empezaron a frecuentar los salones de la capital, donde, a imitación de lo que había ocurrido en París, distinguidas damas organizaban periódicamente veladas en las que se discutía de política, arte, literatura e incluso de cuestiones científicas. Los dos hermanos Humboldt fueron asiduos participantes en la que tenía como anfitriona a Henriette Herz,⁷ la esposa de origen portugués y sefardí de un reputado médico judío, que la doblaba en edad. Con ella Wilhelm mantuvo un romance que, según opiniones autorizadas, solo llegó a rozar los límites platónicos.

La obsesión de su madre era que los dos hijos de su segundo matrimonio acabaran como altos funcionarios al servicio de la monarquía, perspectiva que no entusiasmaba al inquieto Alexander, ya ansioso de viajar y estudiar la flora y la fauna de lejanas y aún poco exploradas tierras. Para ser un alto funcionario real era preciso, o cuando menos altamente conveniente, disponer de un título universitario. En 1787, junto con Kunth, que seguía con su papel de preceptor, se desplazaron a la ciudad de Fráncfort del Óder, que, a diferencia de Berlín, contaba con una universidad, de nombre Viadrina, si bien esta llevaba una vida lánguida y mostraba una tendencia decreciente en el número de matriculados. Wilhelm, con sus veinte años auestas, se inscribió en la Facultad de Derecho, mientras que Alexander, muy a pesar suyo, optó, con un entusiasmo perfectamente describable, por una mezcla de economía y administración que se conocía por cameralística. Pero Fráncfort del Óder era una ciudad pequeña y muy provinciana, y los estudios en su universidad, de muy bajo nivel. En una carta a un amigo, Wilhelm escribió: «Si sabe de alguien que desee ser doctor⁸ sin haber aprendido nada, envíelo aquí (Nolte, 2017, p. 23). Sin embargo, parece que Wilhelm dedicaba, por voluntad propia, que no por obligación, mucho tiempo al estudio. Pero el trío apenas aguantó seis meses en las orillas del Óder. Hicieron las maletas y, por primera vez, los dos hermanos se separaron. Wilhelm se encaminó a Gotinga, sede de la Universidad Georg August, que por entonces gozaba de alta reputación, mientras que Alexander regresó a Berlín, aunque seis meses más tarde se reunió con su hermano. Inicialmente, Wilhelm reemprendió sus estudios jurídicos, pero pronto se sintió más atraído por otras materias, especialmente por la que cultivaba Christian Gottlob Heyne, a cuyas clases sobre la Antigüedad asistía con frecuencia, y por las lenguas clásicas. Además, decidió ampliar su horizonte y emprendió varios viajes más allá de las fronteras prusianas por territorios que hoy forman parte de Alemania. Luego, en 1789, su primer preceptor, Campe, que era un devoto de la Ilustración gala y deseaba ver con sus ojos «los funerales del despotismo francés», le propuso participar en un viaje a París, ciudad a la que llegaron cerca de un mes después de la toma de la Bastilla, cuyos restos visitaron, cenaron con el controvertido diputado Honoré Gabriel Riqueti, conde de Mirabeau, y asistieron a varias sesiones de la por entonces agitada Asamblea Nacional. Así como Campe volvió francamente ilusionado por el rumbo político emprendido por Francia, hay opiniones contradictorias sobre la apreciación de su acompañante. Para al-

⁷ Para mayores detalles sobre Henriette Herz y su salón, véase Landsberg (1913), Furst (2014) y Hertz (1983 y 2017).

⁸ En aquella época en las universidades alemanas solo se impartía el título de doctor.





gunos, le impresionó muy desagradablemente la violencia que pudo constatar directamente en su deambular por las calles parisinas. Por ello en su vida se mostró siempre muy precavido ante los movimientos revolucionarios. En cambio, Leroux (1932, p. 56) sostiene que «manifestó una clara simpatía por el proceso de liberación llevado a cabo por la Revolución». Lo cierto es que, en enero de 1792, la revista *Berlinische Monatschrift* publicó un artículo de W. von Humboldt, copia de la carta que había escrito a su amigo Gentz sobre su viaje a París. Su título era «Ideas sobre las constituciones. A propósito de la Revolución Francesa». ⁹ Según Hohendorf (1933, p. 93), en el escrito «Humboldt, que no compartía el entusiasmo de su profesor, era, sin embargo, consciente del significado histórico de aquella revolución». Años más tarde, en 1814, en una carta a su esposa, recordando la Revolución Francesa, reconoce que «toda la fuerza, la vida, el vigor, la frescura de una nación [...] no [pueden] provenir más que del pueblo» (Freese, 1986, p. 734).

En su viaje de vuelta hizo escala en Stuttgart, donde tuvo la ocasión de visitar la *Karlschule*, un muy estricto centro educativo de formación profesional para adolescentes, que le deparó la ocasión de mostrar su temprano interés por las cuestiones pedagógicas. En su diario de viaje, que reproduce Freese (1986, p. 98), escribe, a propósito del centro visitado: «¿A qué estrechez de espíritu debe conducir una educación sometida a unas reglas tan inflexiblemente impuestas desde la más tierna edad hasta el fin de la adolescencia?». Lo que entonces no sabía, pues aún no había tenido la oportunidad de conocerlo, era que Schiller había pasado en ella siete años que, públicamente, el renombrado escritor había calificado nada menos que de miserables. Según Hohendorf (1933), la mala impresión de su visita a la *Karlschule* indujo a Humboldt a disolver el cuerpo de cadetes prusianos años más tarde, en cuanto tuvo responsabilidades sobre la educación en su país de origen. Después prosiguió su viaje de retorno, hizo parada en Erfurt y allí se reunió con Caroline von Dacheröden, a quien pidió en matrimonio. Caroline era una joven con una sólida formación en historia del arte y muy avanzada para las ideas de su tiempo. Tanto, que no dudaba en vestir pantalones cuando montaba a caballo, por considerar que era mucho más práctico, para escándalo de quienes la rodeaban (Mund, 2017). Los padres de ella condicionaron su asentimiento a que Wilhelm tuviera una plaza fija en la Administración pública. Seguramente por esta razón, además de la de complacer a su propia madre, optó con éxito por un puesto en la Corte de Justicia de Berlín y pronto ascendió a la Corte Suprema de Prusia, donde tuvo que ocuparse de casos criminales, tarea que le disgustaba profundamente. Pero en 1791 contrajo matrimonio con su prometida, con la que tendría ocho ¹⁰ hijos, de los cuales solo cinco sobrevivieron. Los años demostraron que su decisión había sido acertada, pues la abundante correspondencia intercambiada entre los esposos a lo largo de los años pone de manifiesto que entre ellos siempre hubo entendimiento y afecto, aunque ambos mantuvieron relaciones extramatrimoniales conocidas y aceptadas por el cónyuge respectivo. Fue, *avant la lettre*, lo que hoy se denominaría un matrimonio abierto.

Su desahogada posición económica y su resistencia a vestirse la toga judicial, más la aquiescencia de Caroline, llevaron a Wilhelm a solicitar la baja del cargo para convertirse

⁹ En alemán, *Ideen über Staatsverfassung durch die neue französische Constitution veranlasst*.

¹⁰ Algunos autores elevan esta cifra a nueve.





en lo que los alemanes por entonces llamaban *Privatgelehrter*, es decir una persona dedicada de manera autónoma al estudio y la investigación que a veces imparte conferencias y seminarios remunerados. En este caso, la filología y la literatura, especialmente la griega clásica, fueron los campos elegidos. Su deseo de pasar de las relaciones epistolares que mantenía con Friedrich Schiller al contacto personal con tan reverenciado personaje lo llevó a mudarse con su familia a Jena, en cuya Universidad el conocido poeta, historiador y dramaturgo era profesor. A las reuniones entre ambos se incorporó Johann Wolfgang von Goethe, que residía a escasa distancia, concretamente en Weimar. Al parecer, Schiller dispuso las reticencias que mantenía ante Goethe, diez años mayor que él, un día del mes de julio de 1794, en una reunión en casa de Humboldt, después de una discusión sobre temas culturales. A partir de entonces, los tres se encontraron a menudo para intercambiar opiniones sobre las creaciones que tenían en los respectivos telares. Schiller estaba inmerso en la redacción del que iba a ser uno de sus grandes dramas, *Wallenstein*; Goethe, en su poema épico *Hermann und Dorothea*, mientras que Humboldt se concentraba en la traducción al alemán del *Agamenón* de Esquilo. A las reuniones con frecuencia asistía también Carolina, que en una de sus cartas explica (Nolte, 2017, p. 58): «Solemos ir regularmente hasta las once de la noche a casa de Schiller, donde hablamos de temas de alto nivel intelectual, pero donde también nos reímos mucho». La amistad con Schiller perduró después de su alejamiento físico, como lo demuestra la intensa correspondencia que mantuvieron y que, reunida, constituye, según Konrad (2010, p. 108), uno de los documentos intelectuales más importantes en lengua alemana del siglo XIX. Como recuerda Martí Marco (2012), la admiración que sentía por el dramaturgo lo llevó a publicar, en 1830, un ensayo titulado *Über Schiller und den Gang seines Geistesentwicklung* (Sobre Schiller y el curso de su desarrollo espiritual). Goethe, en cambio, solicitó a menudo, también por escrito, a su antiguo contertulio aclaraciones sobre sutilezas de la mitología y el lenguaje griegos clásicos, temas en los que Humboldt estaba mucho más versado que el reconocido poeta.

Tan agradable y provechosa estancia en Jena se vio interrumpida el verano de 1795 por una súbita enfermedad de la madre de Wilhelm, lo que le obligó a recoger sus bártulos, junto con su mujer y los dos hijos que por entonces ya habían engendrado, y dirigirse a Tegel para cuidarla. En vano, porque Marie Elisabeth falleció de cáncer de pulmón en noviembre de 1796 a los 55 años de edad. El antiguo preceptor Kunth ejerció de albacea en la ejecución de su testamento y el castillo de Tegel, así como la mansión en la berlinesa *Jägerstrasse*, pasaron a ser propiedad del primogénito Humboldt.

Sin preocupaciones económicas, la familia inició seguidamente un largo peregrinaje por países europeos. El deseo del cabeza de familia era visitar a fondo Italia, quizá contagiado por la fascinación que Goethe¹¹ y en general la mayoría de sus compatriotas poetas y artistas sentían por los paisajes, los restos arqueológicos y la cultura transalpinos. El peligro que nacía de las numerosas batallas, provocadas por las tropas francesas al mando de Napoleón, en su designio de conquistar el país, se lo impidió. Tras una breve estancia en Viena, se instalaron en París, donde residieron cuatro años. En la capital gala lle-

11 «¿Conoces el país donde florecen los limoneros y las áureas naranjas refulgen en lo umbrío? Allí, allí quiero ir contigo, amor mío», había escrito Goethe en su Viaje a Italia.





varon una agitada vida social, con recepciones en su domicilio, a las que acudían artistas, literatos y políticos, y la asistencia a algunas otras organizadas por personas tan distinguidas como Madame de Staël, la hija de Jacques Necker, un suizo protestante que había sido un controvertido ministro de Finanzas de Luis XVI. Aprovecharon para recorrer dos veces España, de norte a sur, donde fueron recibidos por el rey Carlos IV en el Palacio de El Escorial, sin que se llevaran muy buenas impresiones ni del monarca ni del estado cultural del país. Como muestra, un ácido comentario de Humboldt (Nolte, 2017, p. 65): «Puede asegurarse que todas las universidades e instituciones de enseñanza españolas, sin excepción, son malas y no sirven para nada». Las aficiones filológicas llevaron a Wilhelm a interesarse particularmente por el País Vasco y su idioma, cuyo origen se dedicaría con ahínco a descifrar en años posteriores.

Finalmente, en agosto de 1801, Wilhelm, junto con su esposa e hijos, volvió a Berlín con la intención de buscar acomodo en el servicio diplomático prusiano. No tardó demasiado en conseguir su objetivo y además —¡menuda suerte!— lo destinaron a Roma, capital de aquella Italia por la que tanto tiempo llevaba suspirando. Su cargo fue el de representante del Reino de Prusia ante el Vaticano, que no conllevaba una carga de trabajo que pudiera, ni de lejos, calificarse de desorbitada. En 1803 se instaló con su familia, que no cesaba de aumentar, en el Palacio Tomati, situado en la Vía Gregoria, muy cerca de la céntrica plaza de España. De nuevo, la pareja, muy sociable, estableció relaciones con artistas y literatos, y no paró de visitar y admirar los muchos monumentos que adornan la ciudad. A pesar del inmenso dolor que les causó el fallecimiento de su hijo Wilhelm, de nueve años, se sentían realizados en este destino, como lo manifiesta una carta que Wilhelm dirigió a su amigo Goethe, en la que dice: «Roma es el lugar en el que, en nuestra opinión, se concentra toda la Antigüedad» (Nolte, 2017, p. 72), esta Antigüedad que tanto fascinaba e interesaba a ambos cónyuges.

Pero súbitamente el panorama se nubló. El rey de Prusia había finalmente declarado la guerra a Napoleón. Contra lo que era de esperar, la victoria cayó del lado francés después de la doble batalla de Jena y Auerstädt en 1806. El Rey tuvo que poner pies en polvorosa y abandonar Berlín, y finalmente se vio obligado a firmar el Tratado de Tilsit, que impuso a Prusia unas condiciones draconianas y le amputó buena parte de su territorio. Sumida la nación vencida en una depresión, una reacción social exigió una reforma a fondo de todas las instituciones prusianas. Para ello se precisaba la participación de todas las personas ilustradas. Tennenbaum (1998) explica que el ministro con el pomposo nombre de Karl Freiherr von Stein zum Altenstein propuso al rey el nombramiento de Humboldt al frente del sistema educativo para acometer su ineludible reforma. Este se resistía a aceptar el encargo por dos razones. Primero, porque se encontraba muy cómodo en Roma y segundo, porque no se le aseguraba que tendría las manos libres para diseñar el modelo que deseara. Pero el 17 de diciembre de 1808, sin esperar la aceptación del afectado, se hacía público su nombramiento y el noble prusiano se vio obligado a obedecer. Aunque con pesar, Wilhelm von Humboldt abandonó su adorada Roma y volvió a su país natal, donde se puso manos a la obra. Su idea era romper con el modelo de la *Aufklärung*, el preconizado por el monarca, consistente en primar los conocimientos de reconocida utilidad inmediata en la vida laboral y profesional. Él, en cambio, se inclinaba por poner el





acento en la formación de buenos ciudadanos capaces de potenciar al máximo sus capacidades intelectuales.

Aunque solo permaneció dieciséis meses en el cargo, consiguió unos resultados apreciables. Entre ellos ocupa un lugar destacado la fundación de la Universidad de Berlín, tema que será abordado en detalle en páginas posteriores. Sus desencuentros con Hardenberg, el primer ministro, fueron la razón de su pronto abandono del cargo y su reincorporación al servicio diplomático prusiano, en el que prestó destacados servicios hasta 1819. Tuvo, además, una intervención no desdeñable en el Congreso de Viena de 1815, que implantó finalmente la paz en Europa.

En 1819 se retiró con su mujer e hijos a su castillo de Tegel. Se volcó en cuerpo y alma en lo que había sido desde niño su pasión: la filología. Dominaba más de treinta idiomas y construyó teorías sobre la relación entre lengua e identidad, que aún hoy en día son objeto de estudio y discusión por los expertos. Ocupa un lugar destacado en la historia de esta disciplina. Fue feliz dedicado íntegramente a la actividad intelectual hasta que en 1829 falleció su esposa Caroline. A partir de aquel momento, tal como escribió a su amiga de infancia Caroline von Wolzogen, nacida Lengefeld, siente «un dolor que no se cura» y se considera «despedido de la humanidad, desde que el ligamen entre mí y el mundo se ha desgarrado» (Nolte, 2017, p. 108). El duelo duró seis años, pues en 1835, como consecuencia de un enfriamiento en una visita a la tumba de su esposa, situada en el jardín que rodea el castillo de Tegel, falleció Wilhelm von Humboldt, a punto de cumplir los sesenta y ocho años.

August Böckh, por entonces profesor de la Universidad de Berlín, fue el encargado de pronunciar el elogio fúnebre de Wilhelm von Humboldt ante su claustro de profesores. Describió así al homenajeado (Lavisse, 1876, p. 21):

Pocas veces, en los tiempos modernos, ha sido posible encontrar un hombre que haya manejado los asuntos públicos y la ciencia con tanto acierto y grandeza. Era un verdadero hombre de Estado, repleto de ideas y guiado por ellas, un hombre de Estado de elevado espíritu, al estilo de Pericles. Filosofía, poesía, elocuencia, erudición histórica, filosófica y lingüística se conjugaban en él sin discordancia.

Wilhelm von Humboldt está hoy considerado una de las grandes figuras de la *Intelligentsia* germana. Los miles de peatones, residentes o turistas, que diariamente circulan por la céntrica y majestuosa avenida Unter den Linden berlinesa tienen ocasión de contemplar su majestuosa imagen sedente frente al actual Rectorado de la Universidad, que merecidamente ostenta su ennoblecido apellido.



